

Walther L. Bernecker

Entre la historia y la memoria: Segunda República, Guerra Civil española y primer franquismo

En el número 10 de *Iberoamericana* (pp. 189-191), Frank Schauff ha publicado una reseña colectiva sobre “suertes formadas por la Guerra Civil española”, en la que analiza una serie de libros sobre niños exiliados, prisioneros en campos de concentración e interbrigadistas. Si en el presente número se retoma el tema de la Guerra Civil española y de los enormes problemas de la posguerra española, ello se debe al hecho de que en el último par de años se han publicado gran cantidad de estudios nuevos que obligan a una revisión de muchos aspectos tenidos por seguros hasta ahora. Y por muy diferentes que sean los libros presentados en sus enfoques, temarios y conclusiones, cada vez se impone más la convicción de que hay que ver como una unidad los años treinta y cuarenta del siglo XX español: la Segunda República, cuyo análisis es imprescindible para entender la Guerra Civil, la guerra misma y el primer franquismo como una fase sombría de posguerra que en muchos sentidos fue la continuación de la guerra con otros medios.

La Segunda República: una fase de cambio acelerado

La España contemporánea ha conocido algunos breves períodos en los que el tiempo histórico parecía acelerarse y las esperanzas apuntadas por los lentos procesos de modernización parecían culminar en una época plétórica de realizaciones.

La Segunda República, con sus audaces proyectos de cambio social y de democratización política, constituye un paradigma en tal sentido. Así como lo es también de la capacidad mostrada por las fuerzas de la sociedad tradicional para estorbar y a la postre frustrar en gran medida estos desarrollos hacia la modernidad. La experiencia republicana, resuelta en una cruenta Guerra Civil y en una larga dictadura, constituye, sin embargo, una etapa de enorme trascendencia para el presente de España, por cuanto sentó las bases de muchos de los procesos de cambio y de progreso que se pueden encontrar en la actual democracia española.

Junto con la Guerra Civil de 1936-1939, la Segunda República española es, al mismo tiempo, el período mejor estudiado de la historia contemporánea española. La producción bibliográfica sobre la etapa republicana es inmensa y abarca casi todos los temas imaginables de la vida española. Aunque en la última década el ritmo de publicación de libros, artículos y tesis sobre la República ha disminuido, el repertorio se sigue renovando continuamente. Por eso, un libro como el de Julio Gil Pecharromán sobre la *Historia de la Segunda República Española (1931-1936)* no puede ser absolutamente novedoso, sino que tiene que basarse en la bibliografía publicada a lo largo de las últimas décadas.

El valor del libro consiste en el grado en el que se consigue resumir analítica y sintéticamente el estado de la cuestión. El autor logra presentar un amplio panorama de la compleja evolución de la Segunda República, de su régimen político, de los proyectos reformistas que encarnó buena parte de su elite dirigente y del eco que encontraron en la sociedad, de la difícil coyuntura económica, de las enormes resistencias opuestas al proyecto modernizador del régimen. En diez capítulos se habla de la fase que va de la dictadura a la República, de la etapa constituyente, de la coyuntura social y económica, de la articulación del Estado republicano, de la política exterior, de las realizaciones del bienio reformista, de los obstáculos a las reformas, de los grupos políticos y sociales del bienio radical-cedista, del gobierno y la oposición en ese bienio, y finalmente del Frente Popular. El libro tiene muy pocas notas a pie de página, pero incluye un útil apéndice bibliográfico comentado. En total, se trata de una obra que cumple perfectamente con la intención del autor de ser “guía de iniciación al período para estudiosos e investigadores, que incorporase las aportaciones realizadas en los últimos años al conocimiento de la época” (p. 17).

Una de las figuras más relevantes de la historia contemporánea de España y, concretamente, de la Segunda República fue Manuel Azaña; sin embargo, también fue una de las más controvertidas. A menudo, sus decisiones políticas se atribuyeron más a motivos de carácter que a reflexión estratégica, y frecuentemente se han subrayado sus desencuentros con otros personajes históricos durante su vida política.

En el libro *Azaña y los otros*, compilado por Ángeles Egido León, se abordan las relaciones del político republicano con aquellas personas o estamentos que fueron especialmente difíciles o han estado rodeadas de polémica historiográfica. El volumen se ajusta, en la medida de lo posible, a la secuencia cronológica; por ello se estructura en cinco partes que pretenden cubrir, a través de algunas relaciones personales o institucionales especialmente representativas, la trayectoria de Manuel Azaña en su dimensión personal, intelectual y política.

En la primera parte se aborda la relación de los intelectuales con la República, una relación compleja llena de claroscuros. Para analizar el papel del intelectual en la política, se reflexiona sobre José Ortega y Gasset con su concepto de revolución desde arriba, en contraposición con la idea de Azaña de revolución desde abajo. Si Ortega y Azaña representan dos concepciones diferentes de la vida y de la política, Luis Araquistáin aparece como otro ángulo del mismo problema. Mientras Azaña siempre creyó que una alianza entre el socialismo y la izquierda burguesa haría posible la transformación pacífica de la sociedad e innecesaria, en consecuencia, la revolución social, Araquistáin se lanzó, a partir de 1933 –regresado de la Alemania nazi– a una activa campaña en favor de la radicalización doctrinal y estratégica del socialismo español, dando por fracasada la colaboración con el republicanismo burgués.

La segunda parte se titula “Azaña y el poder”. Aquí se analiza el pequeño partido azañista, Acción Republicana, muy alejado en su representatividad parlamentaria del empuje popular y la envergadura de su figura más destacada. Azaña habría de enfrentarse, en la ejecución de su proyecto político, a dos pilares fundamentales de la España de los años treinta: la Iglesia y el Ejército. Con respecto a la Iglesia, se subraya el laicismo de Azaña frente al anticlericalismo del que ha solido acusársele, y que iba encaminado a acabar con el monopolio tradicional de la Iglesia en la educación. En cuanto al Ejército, se resalta como conclusión el inevitable desencuentro entre la institución militar y su

superior jerárquico, apoyado tanto en las debilidades de Azaña en este terreno como en la desconfianza casi visceral de los profesionales hacia su ministro. También se le ha achacado a Azaña poco acierto a la hora de elegir colaboradores, ante todo al escoger a Santiago Casares Quiroga para el Ministerio de la Gobernación. Pero todo parece indicar que ambos políticos se esforzaron por encontrar una fórmula capaz de restablecer el orden en medio del caos con la “Ley de Defensa de la República”.

El tercer capítulo (“Azaña y la oposición”) aborda las relaciones de Azaña con Alejandro Lerroux, que se decantaron progresivamente hacia la hostilidad para desembocar en el enfrentamiento en los años de la República. También se analiza la relación azañista con los nacionalismos y el compromiso de Azaña con los republicanos portugueses que conspiraban desde España, con la ayuda expresa de Azaña, para derrocar el régimen de Salazar.

El cuarto capítulo, referido ya a la Guerra Civil, aborda la relación de Azaña con Indalecio Prieto y Juan Negrín. Se analiza la supuesta maniobra, en la primavera de 1936, para colocar a Prieto al frente del Gobierno, que habría permitido tal vez afrontar con más posibilidades de éxito la sublevación contra la República. La documentación analizada rechaza esta idea. También se repasa la evolución de Azaña y Negrín al hilo de las circunstancias bélicas; la divergencia final entre ambos políticos no se produjo hasta mediados de 1938.

El último capítulo (“En la hora final: el exilio”) se ocupa de un fiel amigo y correligionario de Azaña, Juan José Domenchina, y de su último secretario personal, Santos Martínez Saura. En estas aportaciones se aprecia que Azaña vivió la Guerra Civil como una tragedia, no sólo política sino también personal.

El libro, en su totalidad, permite dibujar una imagen de Manuel Azaña más acorde con la realidad, y cada vez más alejada del tópico, nacido de la propaganda interesada de la inmediata posguerra.

La Guerra Civil: re-interpretaciones y revisiones

Referido ya al estudio de la guerra misma, se puede calificar como revisionista el libro de Helen Graham sobre “la República española en guerra 1936-1939”. A primera vista, el tema parece conocido y reiteradas veces analizado: se trata de explicar, por qué sucumbió la República en la guerra. En el prefacio, Graham ya presenta las dos tesis centrales de su estudio: “The first is that the wartime responses (and limitations) of the Spanish left – republicans, socialists, communists and anarcho-syndicalists – can only be understood in relation to their pre-war experiences, worldviews, organisational structures and the wider Spanish national context of acute uneven development which had moulded their organisations over previous decades. The second is that the overarching influence that shaped the evolution of the Republic between 1936 and 1939 was *the war itself*” (p. XI).

Graham resalta ante todo las devastadoras condiciones de la No-Intervención sobre la República; el impacto “a largo plazo”, es decir durante toda la guerra, fue lo que verdaderamente destruyó a la República, ya que tuvo por consecuencia la erosión diaria de la capacidad militar republicana y de la legitimación política; el embargo impidió a la República mantener la textura social y económica en el frente casero, causó estragos psicológicos entre los combatientes y en la retaguardia, hizo imposible un final negociado

de la guerra. Pero el libro no se limita a describir los factores “exógenos” que explican la derrota de la República, sino que presta especial atención a los factores “endógenos”, y aquí ante todo a la política y estrategia de los diferentes partidos en el lado republicano. Desde un principio, insiste en la fragmentación interna del socialismo español, incluso ya antes de la guerra, resaltando las contradicciones y disensiones entre partido y sindicato. Comenzada la guerra, estos conflictos serían altamente negativos para el desarrollo militar: “The opposition of some working-class sectors, but also strongly regionalist middle-class constituencies, to the central state-building enterprise would lead to bitter, energy-diverting social and political conflicts in the Republican zone which impeded and undermined the war effort” (pp. 129-130).

Las críticas más duras van contra la izquierda socialista: “The socialist left had no viable ideas or strategies of its own” (p. 132). La pregunta central de Helen Graham va dirigida a la fuerza política que tenía la estrategia más efectiva para defender la República; su respuesta es muy clara: “The war time PCE [Partido Comunista de España] would thus become the best republican party Spain had ever known” (p. 184). Por lo tanto, la autora distribuye muy claramente las responsabilidades de la derrota republicana en la guerra –siempre sobre el trasfondo general que la falta de bienes bélicos a causa del embargo por la No-Intervención fue el factor decisivo que impidió ofensivas republicanas–.

Las debilidades principales del proyecto político de la República se debían a que las fuerzas políticas no se esforzaron suficientemente por ensanchar la base social y hacer uso efectivo de todos los recursos potencialmente disponibles. Los que más trabajaron, en opinión de Graham, por defender la República, por organizar el Estado, por profesionalizar el Ejército, por encuadrar a las clases medias, eran los comunistas cuya postura recibe muchas alabanzas, mientras que las otras fuerzas políticas –ante todo los socialistas del ala de Francisco Largo Caballero– fracasaron en este cometido. A lo largo de todo el libro, la autora insiste en “lavar” la imagen del PCE, tan deteriorada por la historiografía de la Guerra Fría. También los archirelatados “sucesos de mayo” de 1937 en Barcelona son explicados no en función de un intento por parte de los comunistas de hacerse con el poder, sino como continuación de divergencias entre las diferentes agrupaciones (CNT, POUM, PSUC etc.) provenientes de la fase anterior a la guerra.

La política del PCE es presentada como una estrategia racional, mientras que la postura de las demás agrupaciones republicanas es blanco de severas críticas. Lo que se echa de menos en este estudio, es una reflexión sobre la pregunta si de verdad existió la posibilidad de que los partidos republicanos no-comunistas asumieran la postura comunista, cuando los ideales y las finalidades eran muy diferentes; los partidos y sindicatos tenían que movilizar a sus afiliados, elevar su moral, y esto se conseguía sólo persiguiendo el ideario por el que habían luchado tantos años, y no asumiendo las finalidades “pequeño-burguesas” de los comunistas. Las conclusiones de Graham muy probablemente serán motivo de polémica.

Muy diferente en cuanto a enfoque y nivel analítico, pero en cierta manera también revisionista, es el libro de Michael Seidman, cuya versión española lleva el título *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, mientras que el original en inglés rezaba –de manera bastante más provocadora– *Republic of Egos*. El libro está escrito desde la perspectiva de la gente corriente, de individuos, familias y pequeños grupos que sufrieron la guerra en carne propia. Los deseos, temores y esperanzas de los españoles de a pie sustituyen al relato tradicional de los combates de la militancia. El

punto de vista alternativo de Seidman recrea la vida de los españoles en guerra con toda la crudeza de una lucha feroz por la supervivencia. Hace diez años ya, Seidman publicó un libro con el título *Workers against work. Labour in Barcelona and Paris during the Popular Front*, en el que le interesaba saber lo que había pasado con los obreros. Ahora quería relatar asuntos “corrientes” que preocupaban a la gente; escribe sobre la falta de comida en el lado republicano, lo gravoso que fue el control de precios, el miedo que los campesinos tenían de las fuerzas republicanas, los robos que sufrieron y que llevaron a que ocultaran lo que tenían o que lo consumieran, los saqueos de las tropas y las deserciones. Seidman es tajante al afirmar que la República perdió la guerra, en gran medida, por el hambre, ya que “la gente empezó a desertar y se impuso el derrotismo”.

El libro está estructurado en cuatro grandes capítulos. El primero (“Militancia”) se centra en quienes fueron fieles a la República o a la revolución en las primeras etapas de la guerra. Muchos no eran militantes, sino más bien oportunistas que se afiliaron a partidos y sindicatos ante todo porque se necesitaba un carné de partido o de sindicato para conseguir empleo, comida y cuidados sanitarios. El segundo capítulo (“Oportunismo”) se extiende hasta otoño de 1937 y describe el individualismo subversivo de los trabajadores y las medidas represivas de las autoridades para frenar la resistencia a trabajar. En Barcelona por ejemplo, los asalariados se aprovecharon de la confusión política originada por los sucesos de mayo de 1937 para eludir su puesto de trabajo. “Los campesinos y las prostitutas desafiaron el orden moral y legal del colectivo republicano al continuar con sus actividades empresariales. Los soldados trataron de evitar la línea de fuego” (p. 27). El tercer capítulo (“Cinismo”) describe cómo el oportunismo se convirtió en cinismo después de que se agravaran los problemas militares y económicos de la República a finales de 1937. Los niveles de absentismo, sabotaje y retraso continuaron o incluso aumentaron. La falta de unidad entre la izquierda intensificó un egoísmo ya presente y un incipiente derrotismo. El cuarto capítulo (“Supervivencia”) examina la última etapa de la Guerra Civil, en la que el cinismo dio paso a una lucha por la supervivencia, y el escepticismo al derrotismo. Las deserciones se convirtieron en el problema más grande del Ejército Popular, las necesidades familiares y personales prevalecieron sobre los riesgos y privaciones en el frente. En las ciudades, la productividad de los trabajadores disminuyó de manera precipitada a medida que muchos abandonaban el puesto de trabajo para dedicarse a cultivar su propio jardín. El hurto y la ratería caracterizaron la última etapa del conflicto, la cohesión social se desintegró.

Seidman concluye: “Una aproximación sociohistórica desde abajo muestra que el conflicto entre lo rural y lo urbano fue tan importante para el declive de la República como las disputas políticas, las divisiones de clase y las rivalidades internacionales” (p. 350). Además, afirma, que posiblemente la burguesía exhibió más cohesión que la clase trabajadora; por eso sugiere que el estudio de los individuos anónimos en la zona republicana cuestiona la interpretación de la Guerra Civil como “la lucha de la oligarquía contra el pueblo” (p. 355).

El enfoque de Seidman es, indudablemente, novedoso. Pero al final queda una interrogante sin contestar: ¿Cuán representativos son los casos descritos por el autor? No hay ni una cuantificación ni una tipificación de las acciones. Queda la impresión de una enorme cantidad de comportamientos egoístas, como si hubieran sido los comportamientos predominantes. Sólo en una breve conclusión se sugieren interpretaciones (también en comparación con otras guerras civiles en sociedades en vías de desarrollo) de tipo más bien

general. Hubiera sido de desear que estas comparaciones (también con la zona “nacional” durante la Guerra Civil) se hubieran hecho de manera más sistemática y analítica.

Si los libros de Helen Graham y Michael Seidman en cierta manera “deconstruyen” toda una serie de visiones tradicionales de la Guerra Civil, no se puede decir lo mismo del librito de Mary Low y Juan Breá, que fue publicado por primera vez en su versión inglesa original en Londres en 1937 bajo el título *Red Spanish Notebook*. Más tarde se tradujo al francés, en 1997, y recientemente con el título *Rotes Notizbuch*, al alemán. En esta última edición se ha incluido el prefacio de Eugenio Granell, de 1979, y un *postscriptum* de Gérard Roche, tomado de la edición francesa de 1997, que relata la vida de los dos autores.

El libro mismo es una colección de textos breves que relatan acontecimientos más o menos importantes de la Guerra Civil española de manera directa y sobria. Juan Breá se afilió a las columnas del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM); Mary Low trabajaba en el sector de la prensa y creó un boletín informativo trotskista. Todos los informes respiran un aire trotskista. Pronto los dos autores entrarían en conflicto con los comunistas españoles, estalinistas, y en vista de su situación cada vez más crítica en el país, abandonaron España a finales de 1936. El libro fue el modelo de la famosa película de Ken Loach *Land and Freedom*.

La intervención en ambos lados de la contienda ha sido un tema recurrente de análisis historiográficos. En el caso de la República, mucho se ha escrito sobre las Brigadas Internacionales, y en el bando franquista, sobre las intervenciones alemana e italiana. Otro tipo de intervención, bastante menos investigado, es la participación de los marroquíes en el lado de los sublevados. En un libro bien documentado, María Rosa de Madañaga se ocupa de “los moros que trajo Franco”, uno de los aspectos más esperpénticos de la rebelión franquista. La participación de tropas marroquíes en la Guerra Civil en el campo franquista ha sido uno de los factores que más ha contribuido a reavivar y enraizar la imagen, ya negativa, del “moro” en la memoria colectiva del pueblo español. Cuando los milicianos republicanos vieron aparecer ante sí a los musulmanes –esta vez no en los campos de África, sino en la propia Península– resurgieron las imágenes estremecedoras del pasado que ellos o sus padres y abuelos habían vivido desde comienzos del siglo xx en las guerra coloniales.

La actuación de los marroquíes se inscribe habitualmente dentro de las operaciones militares del “Ejército de África”, sin distinguir entre la Legión (o el Tercio) –compuesto de europeos, mayoritariamente de españoles– y los Regulares marroquíes. A lo largo de la Guerra Civil, entre 62.000 y 85.000 marroquíes combatieron a las órdenes de Franco; unos 30.000 murieron o resultaron heridos. Para los marroquíes se creó en la Península toda una infraestructura: tenían matarifes, notarios, hospitales, mezquitas y cementerios musulmanes, además sus propios burdeles.

Junto a los aspectos militares y logísticos, una de las preguntas más interesantes es la justificación ideológica por parte del bando franquista del recurso a la ayuda de unos moros que durante un milenio habían sido presentados como los enemigos por antonomasia de la España unitaria, centralista y católica, aparentemente defendida por Franco. El “infiel” siempre había sido el musulmán, durante la Guerra Civil cambió de signo en un hábil juego malabar, y la guerra pasó a significar la lucha de los creyentes contra los “ateos”, de suerte que la intervención de los marroquíes (musulmanes) en las filas franquistas quedaba plenamente justificada por cuanto tanto los seguidores de Cristo como

los de Mahoma –ambos creyentes– permanecían solidariamente unidos en una nueva “cruzada” contra el común enemigo que era el ateísmo marxista.

La razón por la que se alistaron tantos marroquíes del Protectorado español en las filas de Franco se debía ante todo al hambre y a la penuria, ya que tras el aplastamiento de los rifeños de Abd-el-Krim en los años veinte y después de años de sequía y magras cosechas, los marroquíes veían en el alistamiento una forma de sobrevivir y de alimentar a sus familias. La ferocidad de los “moros”, que tanto espantó a los republicanos militares y civiles, fue usada por Franco como arma psicológica contra los republicanos. La brutalidad y el ensañamiento fue fruto de una estrategia militar cuidadosamente diseñada para socavar la moral del enemigo; la practicaron tanto marroquíes como legionarios.

Muchas veces en la historiografía se ha planteado la pregunta de si se podría haber evitado que el Protectorado se convirtiera en base de la insurrección militar, concediendo el gobierno de la República la independencia o por lo menos cierto grado de autonomía al territorio bajo dominio español en Marruecos. La autora niega esta posibilidad, ya que la breve República no tuvo ni el tiempo ni la energía para esta política “abierto” frente al Protectorado, y además Francia, que ocupaba el resto del país magrebí, no lo hubiera permitido.

La posguerra española: historia y memoria de los vencidos

Si bien la Guerra Civil ha sido el acontecimiento de la historia de España que más pasión y debates ha suscitado, en los últimos años llegan en avalancha los ensayos y reportajes sobre la España del franquismo, centrados en las víctimas y frecuentemente con la verdad de los testimonios directos de quienes vivieron aquellos tiempos. Los campos de concentración, el hambre, los asesinatos masivos, la prostitución, las fosas comunes, el amor furtivo, las tristes vidas de la posguerra, los clandestinos del maquis forman parte de la oferta de varias editoriales para salir de la amnesia en la que ha estado sumergida la sociedad española durante tantos años. Mucho se ha hablado últimamente en los medios de comunicación sobre diferentes aspectos interrelacionados y conectados con una revisión general del pasado cercano de España, como la exhumación de las víctimas de la represión franquista, la guerrilla, el exilio republicano o el fenómeno concentracionario y penitenciario, derivándose de todo ello una crítica a cómo desde la muerte de Franco (1975) se ha reivindicado, o dejado de reivindicar, la memoria de los vencidos de la guerra.

La editorial Siete Mares estrena con un título de Javier Rodrigo sobre “los campos de concentración franquistas”, un tema que ha cobrado un inusitado auge en los últimos dos años y que está devolviendo a la sociedad española la memoria del horror, donde existieron campos de trabajo, en la mayoría de los casos, pero también barracones de espera para la muerte en algunos lugares como Albaterra (Alicante), capítulo negro de la historia contemporánea española, adonde muchos eran trasladados para ser hacinados, hasta su fusilamiento, en las peores condiciones sanitarias y humanas. Si bien los crímenes se sucedían en estos campos, su primer propósito era la re-educación y el trabajo; no había una política sistemática de exterminio.

En la administración de la violencia ejercida por los vencedores desde el primer momento en que se propusieron construir un “Estado Nuevo”, los campos de concentra-

ción desempeñaron un papel de primera importancia. Estos lugares de internamiento comenzaron a multiplicarse desde diciembre de 1936 con objeto de clasificar y re-educar a cientos de miles de prisioneros militares y civiles para re-utilizarlos luego como mano de obra barata en la “reconstrucción” de la patria. Fue “el maridaje de la mentalidad de cuartel con la de sacristía” (Miguel de Unamuno) lo que explica las funciones políticas y económicas cumplidas por los campos de concentración. Los vencedores entendieron la guerra desde el primer momento como un castigo enviado por Dios para purificar el pecado de una nación desviada del camino correcto.

Los campos de concentración franquistas significaron el primer eslabón de la cadena represiva del franquismo sobre el Ejército de la República y la cristalización del papel que a los republicanos les tocaba desempeñar en la España de Franco. Fruto de la unión de testimonios de ex-prisioneros y de un amplio y detallado corpus documental, el libro de Javier Rodrigo pone de relieve las características fundamentales del sistema concentracionario franquista durante la Guerra Civil y la posguerra, en particular sus orígenes, su organización y su memoria.

La posguerra española ofrece una inagotable cantera para describir vidas rotas por el hambre, la represión, el exilio, y por el otro lado una implacable maquinaria represiva actuando a sus anchas en un mundo cerrado sobre sí mismo. En los últimos años, los historiadores han podido conocer las múltiples caras de un terror que funcionó durante casi tres lustros.

El grupo Anaya, en su sello Oberón, ha iniciado una colección dedicada por completo al período negro de la historia de España que fue el primer franquismo. De esta serie se presentan dos títulos: *Mujeres caídas*, de Mirta Núñez Díaz-Balart, y *El hambre en España*, de Miguel Ángel Almodóvar, que si bien aborda todos los períodos históricos, dedica su última parte a los supervivientes, o mejor malvivientes, de los años cuarenta y cincuenta.

Mujeres caídas trata de “las prostitutas legales y clandestinas en el franquismo”, según reza el subtítulo. Una de las consecuencias de la guerra fue el vertiginoso aumento de la prostitución en los años que siguieron. El libro de Mirta Núñez disecciona fríamente los pormenores legales, políticos y sociales de esa miseria que se abatió sobre la sociedad española y con particular saña sobre las vencidas. La prostitución en los años de posguerra se desarrolló según el doble baremo que lo regía todo en aquellos años para el recuerdo y el olvido. Como en los demás sectores de la vida social, también se establecieron clases en el submundo de la explotación sexual: hasta 1956 la prostitución se dividía en “legal” y “clandestina”. La primera, efectuada en mancebías y lupanares regidos por “madames” bienquistas con el nuevo régimen, gozaba de todas las bendiciones, pues allá iban los nuevos señores de la España “nacional”; la segunda, la “clandestina” e ilegal, operaba por libre en los descampados y en las esquinas, y sobre sus víctimas se edificó un repugnante tinglado represivo bajo la tutela de diversas órdenes religiosas. Volvieron las viejas casas de “arrocegiás”, convertidas esta vez en presidios infectos e insalubres.

El libro traza los planos de ese tinglado de represión y castigo que, so capa de la piedad y la rehabilitación de las descarriadas, devolvía los asuntos públicos al poder de la Iglesia y arrojaba sobre las víctimas de la regresión social sobrevenida con la victoria franquista un extra de humillación y adoctrinamiento. Las prostitutas “libres” fueron el objetivo de la Obra de Redención de Mujeres Caídas, creada en 1941, para regenerar a

las detenidas con dosis de *ora et labora* en cárceles y establecimientos religiosos. La preocupación gubernamental por la prostitución abierta y callejera sólo fue parte de la tramoya. En realidad, fue el crecimiento vertiginoso de las enfermedades venéreas lo que provocó la guarda y custodia de esas mujeres tras los muros conventuales.

En la parte final del libro de Miguel Ángel Almodóvar sobre “el hambre en España”, se describe la situación de penuria, de la falta de comida y de las prácticas de supervivencia en la Guerra Civil y en la posguerra. Las tarjetas de aprovisionamiento, que ya entraron en vigor en noviembre de 1936, concedían (en teoría) una determinada ración diaria a las personas que las presentaban; pero para sobrevivir, había que abastecerse (como fuera) en el mercado negro. Con lujo de detalles se describen el racionamiento, el estraperlo y, ante todo, el hambre generalizada, se explican “los sucedáneos” en la España autárquica, se cuentan algunos de los muchos chistes que se hacían para aguantar de alguna manera el hambre, se habla de los tebeos infantiles en los que sí era posible (a diferencia de la prensa) hablar de la desnutrición de la población, se describe la situación en los reclusorios, se detallan las enfermedades asociadas a la miseria y el hambre.

La represión de la posguerra española tuvo muchas facetas. En *Los niños perdidos del franquismo*, Ricard Vinyes, Montse Armengou y Ricard Belis sacan a la luz del día el espeluznante tema de los niños “perdidos” del franquismo, así llamados porque muchos murieron en trenes de mercancías que los trasladaban a prisiones, de frío, hambre y enfermedades, o porque la educación que recibieron se alejaba de la que los padres querían para ellos, o porque muchos desaparecieron, fueron dados en adopciones irregulares y porque nunca más volvieron a ver a sus familias, o porque muchos nunca quisieron saber de la ideología de sus padres, de aquellas ideas que les habían convertido en perdedores.

La represión generalizada de la posguerra provocó una saturación carcelaria que constituyó un gravísimo problema para las autoridades, aunque en ningún modo lo concibieron como una cuestión humanitaria, por más que la propaganda lo presentara de esta manera. Cuando en 1946 el Ministerio de Justicia publicó los primeros datos sobre población reclusa, la estadística no reconoció a las mujeres encarceladas por motivos políticos su condición como tales, de modo que tanto ellas como sus hijos fueron asimilados a los delincuentes comunes.

Las investigaciones de Antonio Vallejo Nágera y su Gabinete de Investigaciones Psicológicas dieron cobertura empírica banal a sus singulares tesis eugenésicas, concretadas en el principio de “segregación total” que estimuló la separación de los hijos de las reclusas de su entorno familiar. Ello contribuyó al reforzamiento de la estructura de poder franquista dentro de la prisión y al control de las familias de los prisioneros a través de la compleja red de beneficencia falangista y católica. Vallejo definía al adversario político como un individuo mentalmente inferior y peligroso por su maldad; de ahí la necesidad de su reclusión, liquidación moral y marginación en beneficio de la “Hispanidad” que recogía los mejores valores de la raza.

Las mujeres presas que pasaron por la prisión de Madres Lactantes de San Isidro han descrito la imposición de la separación de sus hijos como el elemento central de una vida carcelaria, estructurada en torno a un centro de poder cuya fuerza residía en el control de las mujeres a través de la manipulación del trato y la proximidad de sus hijos.

El libro sobre los “niños perdidos” es un documento estremecedor. Ya los títulos de los capítulos son elocuentes: un proyecto devastador; investigaciones con presas políti-

cas; perdidos, proscritos y capturados; niños y niñas en las cárceles; cambio de nombres; la persecución infantil en el exilio, etc. Impresionantes son también “las voces” en la segunda parte del libro –testimonios directos de represaliados– y los documentos de la historia oficial en la tercera parte.

En *Clandestinos*, Dolors Marín Silvestre investiga por qué después de 1939 algunos hombres y mujeres españoles volvieron a su patria a continuar una guerra perdida. Arroja algo de luz sobre sus biografías anónimas y las consecuencias de sus acciones. Analiza la extracción social y cultural de algunos de ellos para observar de cerca su lucha por la recuperación de un sistema de libertades que permitiera acabar con la represión y el dolor que se habían establecido en España, pero valorando esta lucha no como algo que nació en 1939 sino como una continuación de una trayectoria de vida coherente con una forma de pensar y de actuar que no quedó definitivamente truncada con el fin de la Guerra Civil. Estas trayectorias de vida de los guerrilleros españoles se remontan a los primeros meses de la República, cuando su opción política se manifestó públicamente e impregnó sus vidas.

Como, en opinión de la autora, sólo a partir del análisis de la situación precedente se puede comprender el por qué de la incansable y larga permanencia de la guerrilla urbana libertaria, los diversos capítulos de este libro empiezan por lo general en los años veinte y trazan las vidas de los guerrilleros a lo largo de varias décadas. Sólo así se puede calibrar la intensidad de la decepción con el fracaso republicano y su indignación por la represión franquista. Desencantados tras comprobar que la victoria aliada no supuso la intervención en tierras españolas, empuñaron de nuevo las armas y prosiguieron su lucha.

Con el fracaso de la tentativa de invasión del territorio español por el valle de Arán, auspiciada por el Partido Comunista, terminaba una etapa de la lucha armada en España. Pronto este partido cambió de táctica, y sus dirigentes desaprobaban la lucha armada de aquellos que seguían en sierras y montes y que habían hecho de ello una forma de vivir, ante todo algunos comunistas heterodoxos y los libertarios de la anarco-sindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la anarquista Federación Anarquista Ibérica (FAI).

La historia de los guerrilleros es poco conocida. Muchos de los que pudieron exiliarse en 1939 se incorporaron a la *Résistance* en Francia, con la esperanza de que los aliados liberarían España al término de la Segunda Guerra Mundial. La izquierda española que se lanzó al maquis estuvo en la brecha durante los años más oscuros de su historia, entre la represión y el racionamiento. Algunos, como los libertarios, no fueron “neutralizados” hasta los años sesenta, y sus acciones en las ciudades fueron un paradigma de la guerrilla urbana.

Clandestinos es la crónica de una parte de esa historia de resistencia. Para rescatar del olvido a sus protagonistas, la autora ha indagado en archivos y bibliotecas, y ha entrevistado a hombres y mujeres que vivieron de cerca los hechos.

También *Rojos contra Franco*, de José Luis Martín Ramos, habla de los comportamientos individuales de opositores (comunistas) al régimen de Franco, que arriesgaron su vida en la lucha contra la dictadura. Además, es una historia del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) en la clandestinidad en los años 1939-1947. Para el PSUC, el exilio se convirtió en una prolongación de las divergencias surgidas durante la Guerra Civil. Si la trayectoria del partido, las luchas por el poder y los problemas de organización revelan comportamientos sorprendentes entre los dirigentes, la exposición y el análisis de las actuaciones de los militantes del interior adentran al lector en una época

dominada por el miedo y presentan una recreación de lo que fue la vida cotidiana en la clandestinidad.

El libro refleja la dureza de aquellos años cuarenta y la capacidad de resistencia de los que luchaban por la libertad, con sus virtudes y sus defectos. Recupera nombres perdidos, despreciados y enterrados por los franquistas y olvidados por políticos de la Transición. El estudio se concentra en los años más duros (y más difíciles de estudiar), entre 1939 y 1947 aproximadamente. Para escribir el estudio, el autor pudo hacer uso de su propia experiencia política como ex-militante del PSUC; además ha consultado correspondencia, informes, y documentación diversa del PCE, del PSUC y del Komintern depositados en archivos civiles y militares de Barcelona, Madrid y Moscú.

Ya en las primeras páginas se habla de un tema poco estudiado: las discrepancias entre el PCE y el PSUC a partir del hundimiento del frente del Ebro y la ofensiva franquista sobre Cataluña (invierno de 1938/39). Se debate el papel de los catalanes en la guerra, incluso el de las unidades del PSUC, a quienes se les ha acusado de no haberse implicado suficientemente en las actividades militares. Además, había fuertes diferencias entre la dirección del PCE y algunos delegados del Komintern con Joan Comorera, el secretario del PSUC. A través de la lectura del libro se puede observar cómo a lo largo de los años cuarenta —después de desarticulado el POUM—, los delegados del Komintern y los mandos del PCE seguían manteniendo el fantasma del trotskismo; los que querían mantener la independencia del PSUC respecto del PCE, siempre estaban bajo sospechas, ya que el PCE tendía a la creación de un partido único.

Con el fin de la guerra, se abrió “una nueva línea política nacional del PSUC”. El partido logró entrar como miembro de pleno derecho en el Komintern, pareciendo consagrarse la soberanía del PSUC respecto del PCE; pero ello sólo se consiguió con una serie de condiciones como proceder de acuerdo con el PCE y mantener la misma línea política en España y Cataluña.

También se estudia la actividad del PSUC en el exilio francés, la problemática de los recursos financieros, los campos de refugiados, las difíciles relaciones internas, la vida y actividad de los militantes que permanecían en Francia, la participación en la resistencia francesa y la formación de un “Cuerpo de Guerrilleros”.

A partir del estallido de la Guerra Mundial, la investigación se dirige hacia los núcleos del PSUC exiliados en países latinoamericanos (México, Cuba, República Dominicana, Chile, Argentina); analiza su actividad, sus relaciones y sus publicaciones; profundiza en la relación de la relación del partido con los militantes del interior de España; describe la red clandestina del PSUC en el interior; se adentra en el tema de las disensiones y rupturas internas, de las denuncias y delaciones; y estudia diversas iniciativas del PCE y del PSUC, de tipo político (como la creación de la Aliança Nacional de Catalunya) o político-militar (como la acción guerrillera en la resistencia francesa).

* * *

El reciente pasado español, con golpes de Estado, cambios de regímenes, luchas clandestinas, personajes extremos por su heroísmo o vileza, se presta a un género de relato que mezcla ingredientes del oficio de periodista con los del historiador. Varios de los libros presentados en esta reseña son de esta categoría híbrida. Tuvieron que pasar muchos años desde el final de la dictadura franquista hasta que se publicara gran canti-

dad de libros que va a caballo entre la memoria y la historia. “Recuperación de la historia” era el lema de muchos títulos aparecidos en plena Transición; hoy se podría hablar de “recuperación de la memoria”. Es tarde, pero no demasiado; todavía viven muchos testigos oculares que sufrieron ese pasado, la interminable posguerra que ofrece una inagotable cantera de historia vivencial, con tantas vidas rotas por el hambre, la represión o el exilio. La violencia que había seguido al alzamiento franquista y que se prolongó durante tantos años de posguerra, obedeció a un plan previo de exterminio a represión cuyo objetivo era arrasar todo lo relacionado con la República, aniquilar a sus protagonistas. Esas organizadas matanzas en tiempos de guerra se prolongaron en una sedienta cascada de venganzas, delaciones y ejecuciones sumarias tras la Guerra Civil. Los libros presentados y muchos más —ya aparecidos y aún por aparecer— pueden contribuir a equilibrar la desmemoria en que durante tanto tiempo han estado sumidas las víctimas de la Guerra Civil.

Bibliografía

- Almodóvar, Miguel Ángel (2003): *El hambre en España. Una historia de la alimentación*. Madrid: Anaya Oberon. 287 páginas.
- Gil Pecharrmán, Julio (2002): *Historia de la Segunda República Española (1931-1936)*. Madrid: Biblioteca Nueva. 271 páginas.
- Graham, Helen (2002): *The Spanish Republic at War, 1936-1939*. Cambridge: Cambridge University Press. 472 páginas.
- León, Angeles Egido (2001): *Azaña y los otros*. Madrid: Biblioteca Nueva. 254 páginas.
- Low, Mary / Juan Breá (2001): *Rotes Notizbuch (Spanien 9.8.-28.12.1936)*. Hamburg: Edition Nautilus Verlag Lutz Schulenburg. 222 páginas.
- Madariaga, María Rosa de (2002): *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil Española*. Barcelona: Martínez Roca. 442 páginas.
- Marín Silvestre, Dolors (2002): *Clandestinos: El Maquis contra el franquismo, 1934-1975*. Barcelona: Plaza & Janés 2002. 330 páginas.
- Martín Ramos, José Luis (2002): *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*. Barcelona: Edhasa. 421 páginas.
- Núñez Díaz-Balart, Mirta (2003): *Mujeres caídas. Prostitutas legales y clandestinas en el franquismo*. Madrid: Anaya Oberon. 222 páginas.
- Rodrigo, Javier (2003): *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*. Madrid: Siete Mares. 251 páginas.
- Seidman, Michael (2003): *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid: Alianza 2003. 388 páginas (versión original: *Republic of Egos. A Social History of the Spanish Civil War*. Madison: University of Wisconsin Press 2002. 304 páginas).
- Vinyes, Ricard / Montse Armengou / Ricard Belis (2002): *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Plaza & Janés. 313 páginas.